

lo que nunca debe morir, la poesía. El esfuerzo avasallador de sus coetáneos lo ve como simple plagio y acusa a su generación de poco menos que impotencia. No hay en ellos la sensibilidad necesaria para la simbiosis a que llaman los nuevos momentos. Todo es lúdico y mimetista, en un afán de disfrazar como literario a triquiñuelas como los blancos espaciales, desarticulación del lenguaje, abandono de la puntuación porque sí, vaguedad en los conceptos. Lo que no deja de desconcertar, si *Trilce* se lee de una forma rápida y sin sopesar debidamente el ritmo interno, gravitacional, del poemario.

Prueba de lo expuesto anteriormente de lo remachado por Vallejo en el sentido de que las formas no eran malas si se hacía de ellas instrumento y no motivo final para disfrazar como poesía y creación lo que no era nada. En absoluto; ni siquiera ir por caminos trillados del antiguo modernismo. Pura y simple falsificación. Duro tendría que resultar en años posteriores a autores como Pablo Neruda, Jorge Luis Borges o Manuel Apley Arce que César Vallejo tratara creaciones suyas de aquellos días como «grotesca pesadilla simiesca», carentes de fisonomía propia. Todo el *Fervor...* que Borges vuelca en ... *de Buenos Aires* lo califica Vallejo de falso y epidérmico, como el latinoamericanismo de Gabriela Mistral. Ausente todo ello del timbre humano, el latido vital y sincero del que el artista tendría que ser fiel cancerbero, pues para eso había sido escogido por la naturaleza, quien en sus inescrutables leyes llama a ciertos seres al sacerdocio de la poesía.

El camino abierto por Vicente Huidobro con la publicación de *El espejo de agua* en 1916, parecía cegarse por la inercia de quienes no sabían, o no querían, receptar su mensaje. La angustia de Vallejo era patente y a ello podremos achacar la afortunada aparición de *Trilce* en 1922, justo en el momento fronterizo en que las influencias se enseñoreaban del terreno latinoamericano y había que dar el aldabonazo a lo que, según Vallejo, era la senda equívocada. Sin embargo, no deja de sorprender la cantidad de formas que el mismo Vallejo censuraría, a tenor de lo expuesto por él, en escritos como «Contra el secreto profesional», publicado en *Variedades*, de Lima, en 1927. El látigo se convierte en autoflagelo al leer estrofas como,

Aire, aire! Hielo!
Si al menos el calor (... Mejor
no digo nada

de la entrega número XXXII de *Trilce*. Quizás la intención del autor no es más que dar la de cal y arena que se me antoja patente en el libro, en un claro intento de «demostrarle» a los que detraía que también era «capaz» de los espacios en blanco, renglones y paréntesis sin ton ni son. Enfrentando a esto y haciéndolo volar felizmente de la memoria, auténticas joyas como,

Piano oscuro ¿a quién atisbas
con tu sordera que me oye.
con tu mudez que me asorda?
Oh pulso misterioso.

del poema XLIV del debatido libro. La opinión de César Vallejo al respecto de toda esta problemática de sus días es sólo palpable a raíz de la lectura mesurada de *Trilce* y de las entregas periodísticas donde se pronuncia abiertamente sobre el tema.

La sensibilidad poética de Vallejo no se detuvo solamente en la plasmación de metáforas y en la investigación hacia nuevos caminos de vanguardia. Su contribución iría más allá en el campo del humanismo, si es que la literatura no era ya en sí un inmenso laboratorio de experimentación por lo humano. Pero los problemas de la sociedad se solucionan aplicando medidas técnicas y científicas y es cuando nace la política como tal. Vallejo es consciente de ello y se acerca a la política guiado por ese *cristianismo militante*, pero no militarista, que practicaba. Al Vallejo en cierta medida «ofendido» con Dios se anteponía el conciliador, aquel que deseaba extractar de la enseñanza religiosa el bálsamo para aliviar dolencias sociales.

Es así como en la redacción de *Tungsteno* el poeta cede el paso al heraldo de la denuncia, aprovechando los nuevos aires que mecían al mundo con una revolución socialista en la Rusia de los zares, triunfante ya, y los cambios que se avecinaban o adivinaban en otras partes del mundo, al socaire de la gran gesta de Lenin. La industrialización a gran escala de los Estados Unidos obligaba a la búsqueda de materias primas allí donde las hubiera y en la misión no se contemplaba en mucho a la ética y sí a la eficacia. Cualidad que venía a respaldar el afán de enriquecimiento de las clases dirigentes de los países productores, dinámica palpitante en nuestros días.

Las fértiles sierras del Perú encerraban algo más que una tierra propicia a todo tipo de agricultura. Y prácticamente no tenían dueño, si se tiene en cuenta el poco respeto hacia los naturales, considerados meros ocupantes y nunca legales propietarios de lo suyo desde épocas inmemoriales. Los soras ven con indiferencia, a incluso cierto regocijo irónico, aquel despliegue de mecanización, inmigración y afán por extraer de las entrañas de la madre tierra una cosa que despertaba en los nuevos conquistadores la fiebre que en su día encegueció a otros por el oro. Este era el tungsteno o wolframio, material útil para la fabricación de tubos fluorescentes. César Vallejo decide hacer de cronista de la nueva época y cuelga la lira en algún clavo de su alma. Es la hora de denunciar con letras lo que está pasando en su país, el saqueo y los atropellos. La forma de hacer política de Vallejo no es quizá la óptima, pues poco o nada se va a remover la conciencia del explotador con novelas o versos, sino con acciones de mayor envergadura y contundencia. Acaso fiel a la consigna que más combate la pluma que la espada, hace de su *Tungsteno* ese arma con la que espera redimir lo irredimible.

Y es que la sociedad peruana, e hispanoamericana en general, no estaba por aquella época en las condiciones objetivas como para tomar conciencia política. Había que desarrollarse a cualquier precio y pesaba mucho la carga —y hasta el complejo de inferioridad— de que del Norte tendría que venir toda directriz. El continente latino no era capaz de encarar los nuevos tiempos, culpa del secular atraso. Las riquezas deberían ser aprovechadas por quien de verdad sabría sacarles rendimiento. También que la vibrante Revolución soviética era un acontecimiento lejano, otra más de las guerras europeas, con un cambio de régimen en el que ahora no brillaba la corona de ningún rey, sino la banda pectoral de un presidente. Aunque a éste se le representara en humilde traje de obrero y ya se empezara a tejer la leyenda de su ateísmo recalcitrante. Pero como los sucesos de Rusia no amenazaban con plasmarse en realidad social en América, los soviets aún no salían representando a encarnaciones polares de Lucifer. Serían una pesadilla remota, enmascarable con un simple folclorismo.

El Vallejo que escribe *Tungsteno* es uno ya instalado en Europa y en la dinámica de los nuevos tiempos. Pereda escribió aquello de... «la lejanía es el telescopio apropiado para observar la tierra donde se vistió la primera camisa». Pero ha tenido que vivir en la Sierra peruana, padeciendo fríos y otros rigores, para sentir en su piel la injusticia de los mineros y la desilusión de los soras que veían cómo cada día se les desposeía de las tierras y se iban convirtiendo en extranjeros en su propio país. César Vallejo llevaba adherida a su piel aquella épica y aunque estuviera preparado para escribir otra obra que fuera una renovación o avance estético de lo vertido en *Trilce*, la misión política, y por ende humanística, le gritaba muy profundo como para exclamar:

¡Salud, oh, creadores de la profundidad!

Profundidad que fue toda una constante en la épica vallejana. Lo prematuro de su muerte no es suficiente para decir de su obra que está inacabada; hubiera podido hacer mucho más, pues material le sobraba. Pero la huida, la deserción de su mismo ser, que pudiera ser interpretada como abandono total en el momento de advertir cualquier asomo de frivolidad, hicieron de César Vallejo un ser cuidadoso y responsable al máximo. Lo dado a la imprenta tendría que ir teñido de autenticidad, la que le iba dando la lejanía; telescopio que se hacía urgente acicate.

Todos los revolucionarios han creído que su revolución es la última. De esto no se puede acusar a Vallejo ni a nadie; él, como todo, creía que la suya era la gran ocasión que estaban viendo los siglos y que una vez abordada se abriría a su país y a toda la América hispana. Para nada se molestó en comprobar el grado de conscientización de su pueblo, quizás creyendo que a partir de la iniquidad traída a cuento en *Tungsteno*, el impacto internacional iba a ser tal que conmovería a importantes sectores de opinión a ambos lados del Atlántico. Vallejo tal vez pecó de cierta ingenuidad al imaginar al mundo hispanoamericano sensible o maduro para emprender una gesta como la que había sacudido a Rusia o estaba a punto de interesar a la España antiborbónica.

Pero lo importante para Vallejo era la denuncia urgente de una realidad que no podía esperar más tiempo, pues éste apremiaba y su país, y en general toda Hispanoamérica, se rezagaban. Si ante el surgir de las vanguardias literarias, aquel mundo se había visto sorprendido, no era conveniente que sucediera lo mismo con los acontecimientos políticos, más importantes, si se quiere, que la misma estética. Todo apuntaba a un desenvolvimiento dramático y César Vallejo parece intuirlo así y reflejarlo en obras como *Paco Yunque*, en donde se adivina al Vallejo dramaturgo. El poeta ya ha cedido demasiado al «denunciador» social y éste se escora hacia formas más plásticas. No es que *Paco Yunque* sea de hecho una pieza teatral, pero sí se podría hacer de ella una adaptación de este tipo a tenor de cómo están planteados muchos de sus aspectos. El tono altisonante de los diálogos resalta el carácter de denuncia que le quiere dar el autor, puesto que más que conversar, los personajes se increpan desde órbitas marcadas por la clase social de la que proceden. La narración es, en extenso, el material donde se podían tomar las acotaciones que solidifiquen el movimiento de los autores en escena. «Silencios» y «tempos» pueden fácilmente extraerse de lo que a primera vista es una novela corta, o cuento largo, desapareciendo lo lírico como en el caso de *Tungsteno*.

Al sacrificar de esta forma a la literatura, Vallejo no ha cometido el delito que muchas veces quiere imputársele a los intelectuales cuando intervienen de forma compro-

metida en el mundo social. Un creador es una especie de papel secante, dada su sensibilidad, y por lo tanto no puede ser inmune a la realidad que le rodea. Máxime en países donde la clase política como tal apenas ha existido y son estamentos como la Iglesia y el Ejército los que han ocupado el puesto que una verdadera jerarquía ideológica está llamada a desempeñar. Sería prolijo, como inútil, abundar en estas líneas al respecto, pero sí señalar que Vallejo, el poeta que de alguna manera «aparca» el verso y se mete en lo racional, político, es aquel que cumple con un deber a que está llamado como figura, a la fuerza, representativa de su sociedad. El pretendido desarrollo industrial y el cacareado progreso, no son más que la perpetuación del saqueo y la explotación del Continente que estaba teniendo sus objetores y agentes encargados de denunciarle. La política como tal se hallaba en pañales y más la que estuviera al servicio de las masas populares y las causas reivindicativas.

El mismo Vallejo que escribe *Tungsteno* y *Paco Yunque*, es el que viaja a la Unión Soviética en busca de la esencia que la Revolución emanaba, quizá con la esperanza de transmitirla a sus escritos y de ahí a la realidad social de la que se sentía deudor y al mismo tiempo destinatario. Dinámico a la que acudía jubiloso, llevando consigo materiales como lo autóctono y navegando en ello con la sabia solvencia de quien se sabe heraldo de un legado cultural, el que enarbola sin ninguna acritud.

El indigenismo de Vallejo no fue nunca una postura militante que aspirara a reivindicaciones de ningún tipo. En un país como el suyo, de la importancia cultural inca del pasado y con una herencia innegable, sería fácil que alguien como él se dedicara a enarbolar banderas con algún fin, especialmente político. Pero el César Vallejo incaico sabía de la marcha de la historia y del cambio de los tiempos que se suceden de forma inexorable. El otrora glorioso imperio era algo para extractar enseñanzas, aprovechando lo vivo, lo actual. Y así procedió a hacerlo trayendo a la novela corta —poética la prosa— la pompa y la sólida estructura militar y económica del Estado de Tupac Yupanqui.

Alejado completamente del lamento y la nostalgia fofa, Vallejo exalta por medio de la épica, la forma como se deben construir los imperios y las civilizaciones. No acude al socorrido sistema de evocar lo incaico como algo pleno de justicia y santidad que los bárbaros vinieron a deshacer para saciar su sed de oro y posesiones. El Imperio del Sol está en las mismas condiciones que el de sus Majestades Católicas, sólo que un atraso en la logística y el armamento permitieron la conquista para el rey español. En *Hacia el reino de los Sciris*, se plasma el indigenismo a que todo buen indigenista puede aspirar. Una sociedad próspera, ambiciosa —como todas las de la humanidad— por ampliar sus límites de poderío y recursos a costa de sus vecinos. Es triste decirlo así, pero no hay otra verdad para ilustrar el cuadro de desgracias que desde siempre ha asolado al género humano. Viejo es el adagio de que el hombre es un lobo para el hombre; en *Hacia el reino...* nos encontramos con la misma situación a la que asistimos si leemos la historia del mundo antiguo, euro-asiático. En la América india había un poderío ejercido por los más fuertes, diestros, cultos, espabilados o como se quiera; tal iniquidad no fue importada desde España. Estaba allí por la simple razón de que los indios son seres humanos como cualesquiera otros y los quechuas, hijos del Sol, o se expandían y conquistaban, o lo serían ellos por los diversos Estados que les rodeaban.